



cuenta entonces que así no podía aprender. En ese momento escribí a Eric Fromm, por un lado, y a Ronald Laing, por otro. A pesar de que Fromm me ofreció trabajo en Méjico con más garantías, me vine con Laing a Inglaterra. En junio del setenta empecé a vivir en la Comunidad.

—¿Cuál fue su reacción al encontrarse en medio de la Comunidad sin división entre médicos y enfermos?

K.—Fue algo tremendo... de ser el doctor a ser uno más entre la Comunidad, donde la gente que venía no sabía si yo era paciente o médico. La idea de la Comunidad, como ya hemos dicho, es tratar de hacer un balance entre un grupo de gente donde el cincuenta por ciento está en crisis y el resto, teóricamente, no lo está. Todo esto es la teoría, pero en la práctica suceden cosas muy interesantes, muchas veces la gente que supuestamente no está en crisis comienza a estarlo y los «enfermos» son los que ayudan a aquéllos. No siempre sucede así, naturalmente; pero en ocasiones, sí. A mí me pasó esto, era psicólogo y tenía experiencia, pero al encontrarme en medio de la comunidad no sabía hacia qué lado ir. De pronto me encontré con la locura, pero no con la de los demás, sino con la mía. Eso me produjo un pánico tremendo. De alguna manera es muy fácil jugar a «ser el terapeuta» viendo al paciente, pero cuando la barrera entre médico y enfermo se borra es muy difícil volver a los conceptos tradicionales.

—¿Cuál fue la experiencia que le sorprendió más en el nuevo cambio?

K.—El asunto de los seminarios. Ya venía con la idea de asistir. Me dieron el cuadro de temas y horarios de cada uno. Me acuerdo que antes de asistir al primero pensaba hasta en la forma de ir vestido. Venía con la imagen de los doctores argentinos del hospital. Ir con corbata, correctamente vestido. El primer seminario al que asistí me sorprendió. La persona que lo dirigía estaba descalza, el pelo muy crecido. El tema de discusión era «el tiempo»: el tiempo existencial y el tiempo en psicoterapia. El texto base del seminario eran los «Cuatro cuartetos» de Eliot. Yo no entendía nada. El seminario con Laing fue lo mismo. Había una mujer que había venido a Londres para decir a Laing que sin saberlo la había ayudado. Era maestra en

Estados Unidos. Nos contó lo que le había ocurrido. Rony Laing había ido en el año sesenta y cinco a Canadá a dar un ciclo de conferencias por la radio, que fueron retransmitidas en Estados Unidos. Ella había estado enseñando en un colegio y empezó a tener conflictos con las autoridades académicas respecto al método de trabajo, de enseñanza. La querían obligar a enseñar según un método con el que ella no estaba de acuerdo. Empezó a tener sueños nocturnos. Se le aparecía un mensajero, que ella entendía como un mensajero de Dios, que le comunicaba que ella estaba en lo cierto. Luchó, pero la lucha fue tan tremenda que tuvo una crisis, no tuvo fuerzas para soportar las mil y una cosas que le hicieron para que la vida le resultara imposible. Tuvo que ir a un hospital mental. En el hospital le contó al psiquiatra lo que le ocurría. La diagnosticaron como esquizofrénica. Yo entendía perfectamente. Esa mujer era un paciente que yo podía haber visto en Buenos Aires y haberle hecho el mismo diagnóstico. Sentí una sensación extraña de desasosiego. Ella siguió hablando. Contó que una noche en el hospital sintió tres golpes, se despertó y sintió de nuevo los golpes. Allí estaba otra vez la presencia. Alguien, de repente, en el seminario, la preguntó: «¿Cómo eran los golpes?». Oímos tres golpes espaciados sobre la mesa. Todos estábamos callados en medio de un enorme silencio. Un psiquiatra de edad avanzada, con el pelo canoso, que estaba sentado a mi lado, habló: «Si esos fueron los golpes, no tendría duda de que era un mensaje...». Entendí todo. ¡Era tan válida esa experiencia! Al menos que uno esté aplicando una ideología previa —por ejemplo, decir: ¡eso no existe!—, la experiencia es válida. La mujer siguió contando que siempre insistía a sus médicos con esto de los mensajes, y los psiquiatras le daban cada vez más droga e incluso se hablaba de hacerle electroshock. Un día oyó por la radio una de las charlas de Laing. Entonces pensó: «Claro, lo que tengo que hacer es callarme». Al día siguiente le dijo a su psiquiatra que se encontraba muy bien. Este se asombró de que sus técnicas (!) hubieran triunfado. Le dieron de alta un tiempo después. El asunto del colegio se solucionó. Y había venido a ver a Laing a contarle lo sucedido.

Ha pasado mucho tiempo. La conversación podía durar horas. La mañana ha transcurrido. Ahora el cielo está cubierto de nubes. Se oyen conversaciones a lo lejos. Los niños siguen jugando. Un hombre pasea por el jardín. Sonríe. La experiencia continúa. Al abandonar la Comunidad, el hombre me mira y me hace una seña con la mano. Me pregunta si he ingresado en la Comunidad esta mañana. Al decirle que no, me pide que vuelva el domingo a merendar con ellos. Cierro la puerta del jardín y empiezo a ordenar mis sensaciones. ■ J. G. V. Fotos del autor y de PAUL CHITLIK.

## MEDICINA

### LOS NAZIS DEL Q. I.

Esterilizar a los simplones como modo de «sanear» la población de los Estados Unidos: tal es la inquietante solución preconizada por un físico americano, co-inventor del transistor y Premio Nóbel de Física, el profesor William Shockley.

¿En qué criterio se basa nuestro científico? El cociente intelectual, o QI, el índice más corrientemente empleado para medir la inteligencia conceptual, la aptitud para el razonamiento abstracto. Cociente de la «edad mental» del individuo, definido por las respuestas que éste da a una serie de «tests», para lo que hay que tener en cuenta su edad real; el QI ha servido muchas veces de pretexto para la marginación de los «retrasados», es decir, los individuos de QI inferior al índice medio (100 por cien), o para la valoración artificial de los «genios»: QI superior a un 130 por 100.

Shockley llega aún más lejos: propone practicar una vasectomía a todos los americanos de QI inferior al medio, a cambio de una prima del orden de mil dólares por cada punto que esté por debajo de ese 100 por cien. Esta sugerencia ha motivado un gran escándalo, sobre todo por la gran dosis de racismo que encubre. Shockley lleva ya varios años defendiendo vigorosamente una tesis según la cual el QI sería función de factores genéticos, es decir, de pertenencia racial. Expuesta en 1969 por el psicólogo Arthur Jensen en la «Harvard Educational Review», esa tesis se funda en la constatación de que los negros

norteamericanos tienen un cociente intelectual medio inferior en quince puntos al de los blancos. De ahí, explican los «jensenistas» —y Shockley—, sus fracasos escolares. «Se trata de un problema de medio ambiente y de medida, replican las «ambientalistas». Los «tests» destinados a definir el QI han sido pensados para niños procedentes de familias burguesas, en las que el razonamiento abstracto es práctica corriente. Carecen, pues, de validez en el caso de niños educados en los «ghettos» urbanos, en donde los valores culturales clásicos no tienen curso. La disputa entablada ha hecho recaer serias dudas sobre la validez real de la noción de QI. En Estados Unidos se han elaborado ya una serie de «tests» basados fundamentalmente en las aptitudes sensoriales del individuo: en este tipo de «tests», los negros se están mostrando superiores a los blancos. En Gran Bretaña se han establecido escalas diferentes a partir de «tests» destinados a medir tanto la capacidad creadora como la inteligencia práctica, mucho más útiles ambas en la vida corriente y en los negocios que la inteligencia conceptual, más adaptada a las carreras universitarias.

En uno y otro caso se trata de saber a qué «meritocracia» conviene promover. Ahora bien, hay un problema que se clude, pero que puede ser esencial: ¿qué interés tiene, en general, una meritocracia? ■ CATHERINE DREYFUS.

### VITAMINAS Y SALUD MENTAL

La vitamina C, ¿panacea milagrosa? El doctor Linus Pauling, Premio Nobel y profesor de bioquímica en la Universidad de Stanford, Estados Unidos, provocó en su tiempo apasionadas polémicas al presentar su pildora favorita como remedio infalible —administrada en grandes dosis de varios gramos por día— contra los resfriados. Pues bien, el doctor Pauling lanza ahora la «psiquiatría ortomolecular» y propone hacerles tragar cantidades masivas de vitaminas C y B3 a las víctimas de determinadas enfermedades mentales, y en particular la esquizofrenia, para ayudarles a restablecer «un entorno molecular óptimo» dentro de sus células nerviosas. El método, que está siendo experimentado en el hospital general de San Bernardino, en California, ha despertado ya tantas controversias como el tratamiento del resfriado del mismo científico. Ha dado, sin embargo, origen a toda una nueva subcultura, nacida en el seno de grupos de «esquizofrénicos anónimos» y centrada en el empleo de «megavitaminas». Sus adeptos absorben hasta treinta gramos de vitamina C o B3 al día. Esto les permite, según confiesan, prescindir del alcohol, de la droga, de los tranquilizantes y sentirse, sin embargo, como en las nubes... Se espera la reacción de la Food and Drug Administration, que trata en vano, desde hace años, de impedir que los americanos sigan abusando de las vitaminas de todo tipo.